**B2**

**Texto 4**

Era ese tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente, envenenado por el olor podrido de las saponarias.  
El camino subía y bajaba: *«Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para el que viene, baja»*.  
—¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?  
—Comala, señor.  
—¿Está seguro de que ya es Comala?  
—Seguro, señor.  
—¿Y por qué se ve esto tan triste?  
—Son los tiempos, señor.  
Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros. Siempre vivió ella suspirando por Comala, por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver: *«Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche»*. Y su voz era secreta, casi apagada, como si hablara consigo misma… Mi madre.  
—¿Y a qué va usted a Comala, si se puede saber? —oí que me preguntaban.  
—Voy a ver a mi padre —contesté.  
—¡Ah! —dijo él. Y volvimos al silencio.  
Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto.  
—Bonita fiesta le va a armar —volví a oír la voz del que iba allí a mi lado—. Se pondrá contento de ver a alguien después de tantos años que nadie viene por aquí.Luego añadió:  
—Sea usted quien sea, se alegrará de verlo.